

María y el nuevo orden cristiano de la sociedad

13 noviembre 2001

SEGUNDA CHARLA

I. La renovación mariana del mundo en Cristo

1. Recapitulación

En la charla anterior vimos cómo el P. Kentenich nos llamó a formar hombres que, estando profundamente anclados en Dios, fuesen constructores de un nuevo orden social. Nos llamó a plegarnos apasionadamente a Schoenstatt bajo la consigna de la construcción de este nuevo orden.

Nos encontramos, decíamos, en la tercera etapa del desarrollo de Schoenstatt. Es una etapa en la cual cabe a los laicos una responsabilidad primordial, pues a estos, por vocación propia, toca en forma directa ordenar según Cristo las realidades temporales.

En esta charla queremos especificar aún más nuestra tarea. El nuevo orden social que estamos llamados a instaurar posee una modalidad esencial: es un nuevo orden social *mariano*. Schoenstatt se siente especialmente llamado a imprimir en la cultura del tercer milenio el rostro de María.

APOSTOLADO DE LOS LAICOS

A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales. Viven en el siglo, es decir, en todas y en cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social con las que su existencia está como entretejida.

Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, **de modo que, igual que la levadura, contribuyan desde dentro a la santificación del mundo** y de este modo descubran a Cristo a los demás, brillando, ante todo, con el testimonio de su vida, fe, esperanza y caridad.

A ellos, muy en especial, corresponde iluminar y organizar todos los asuntos temporales a los que están estrechamente vinculados, de tal manera que se realicen continuamente según el espíritu de Jesucristo y se desarrollen y sean para la gloria del Creador y del Redentor. (LG IV:31-32)

Los seculares deben asumir como tarea propia la renovación del orden temporal; si la función de la Jerarquía es la de enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que hay que seguir en este campo, **pertenece a ellos, mediante sus iniciativas y sin esperar pasivamente consignas y directrices, penetrar del espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida**", (Pablo VI, en. Populorum Progressio, 26-03-1967, n. 8).

La función social de la familia está llamada a manifestarse también en la *forma de intervención política*, es decir, las familias deben ser las primeras en procurar que las leyes y las instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y los deberes de la familia. En este sentido las familias deben crecer en la conciencia de ser protagonistas de la llamada *política familiar*, y asumir la responsabilidad de transformar la sociedad; de otro modo las familias serán las primeras víctimas de aquellos males que se han limitado a observar con indiferencia. La llamada del Concilio Vaticano II a superar la ética individualista vale también para la familia como tal", (Juan Pablo II, FC, n. 44)

2. La riqueza de nuestro carisma mariano

Schoenstatt ha acogido el don mariano. Nos hemos alimentado de él. Estamos conscientes de que todo lo que ha sucedido en Schoenstatt tiene su raíz en la alianza de amor con nuestra Madre y Reina en su santuario. Pero también estamos conscientes de que aún no hemos terminado de abarcar y proclamar toda la riqueza que este don entraña. El misterio de la bi-unidad de María con Cristo Jesús, representada en la Cruz de la Unidad, nos es más familiar. Sin embargo, no lo es en la misma medida, su carácter de “vencedora de los errores colectivistas” es, ciertamente, una novedad respecto a la forma en que tradicionalmente se concebía la piedad mariana.

El padre fundador alude a este rasgo esencial de nuestro carisma mariano en la plática del 31 de Mayo. Dice así:

Si ustedes me comprenden bien, afirma, podría agregar que no sólo yo, no sólo nosotros, sino también la Santísima Virgen está desvalida ante esta situación. Es cierto que ella es la Omnipotencia suplicante ante el trono de Dios, pero también es cierto que según los planes del Amor eterno, ella está supeditada a instrumentos humanos dóciles y de buena voluntad. Si -como lo dice el Primer Documento de Fundación- ella ha asumido la tarea de mostrarse en Alemania, desde nuestro Santuario, en forma preclara, *como la vencedora de los errores colectivistas*, entonces ella -me expreso a la manera humana- busca ansiosa con su mirada instrumentos que le ayuden a realizar esta tarea. (n. 23)

Esta tercera etapa del desarrollo de Schoenstatt en Chile nos da la oportunidad de descubrir con una plenitud aún mucho mayor, el don que significa María como vencedora de las herejías antropológicas.

¿Qué entiende el P. Kentenich al afirmar que María vence las herejías antropológicas o los errores colectivistas de nuestra época? Significa que María, así como salva y protege la imagen de Dios, la divinidad y humanidad de Cristo, así como asegura la identidad de la Iglesia, así también está llamada a salvar la imagen del hombre.

Las herejías del pasado se referían fundamentalmente a Dios y al mundo sobrenatural; las herejías de nuestra época, en cambio, se refieren primariamente al ser y destino del hombre. Son errores que se mueven en el campo antropocéntrico.

El P. Kentenich muestra como dimensión esencial de la espiritualidad y pedagogía marianas esta dimensión. Para él María es la Gran Señal que Dios hace aparecer en el

horizonte de nuestro tiempo, como señal de luz y de victoria, en medio de una humanidad que se debate en un gigantesco cambio de época.

Desde 1914 presentó a la Virgen María en su proyección hacia el hombre. Con ello se adelantaba a lo que posteriormente señalara Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*. Por primera vez se menciona explícitamente esta perspectiva en el magisterio de la Iglesia. En ella Pablo VI afirma que “María no defrauda esperanza alguna del hombre de nuestro tiempo”.¹

¹ Es interesante leer todo el pasaje. El Santo Padre dice:

“En el culto a la Virgen merecen también atenta consideración las adquisiciones seguras y comprobadas de las ciencias humanas; esto ayudará efectivamente a eliminar una de las causas de la inquietud que se advierte en el campo del culto a la Madre del Señor: es decir, la diversidad entre algunas cosas de su contenido y las actuales concepciones antropológicas y la realidad sicosociológica, profundamente cambiada, en que viven y actúan los hombres de nuestro tiempo. Se observa, en efecto, que es difícil encuadrar la imagen de la Virgen, tal como es presentada por cierta literatura devocional, en las condiciones de vida de la sociedad contemporánea y en particular de las condiciones de la mujer, bien sea en el ambiente doméstico, donde las leyes y la evolución de las costumbres tienden justamente a reconocerle la igualdad y la corresponsabilidad con el hombre en la dirección de la vida familiar; bien sea en el campo político, donde ella ha conquistado en muchos países un poder de intervención en la sociedad igual al hombre; bien sea en el campo social, donde desarrolla su actividad en los más distintos sectores operativos, dejando cada día más el estrecho ambiente del hogar; lo mismo que en el campo cultural, donde se le ofrecen nuevas posibilidades de investigación científica y de éxito intelectual.

Deriva de ahí para algunos una cierta falta de afecto hacia el culto a la Virgen y una cierta dificultad en tomar a María como modelo, porque los horizontes de su vida - se dice - resultan estrechos en comparación con las amplias zonas de actividad en que el hombre contemporáneo está llamado a actuar. En este sentido, mientras exhortamos a los teólogos, a los responsables de las comunidades cristianas y a los mismos fieles a dedicar la debida atención a tales problemas, nos parece útil ofrecer Nos mismo una contribución a su solución, haciendo algunas observaciones.

Ante todo, la Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles no precisamente por el tipo de vida que Ella llevó y, tanto menos por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino porque en sus condiciones concretas de vida Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (cf. Lc. 1, 38); porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio; porque, es decir, fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo: lo cual tiene valor universal y permanente.

En segundo lugar quisiéramos notar que las dificultades a que hemos aludido están en estrecha conexión con algunas connotaciones de la imagen popular y literaria de María, no con su imagen evangélica ni con los datos doctrinales determinados en el lento y serio trabajo de hacer explícita la palabra revelada; al contrario, se debe considerar normal que las generaciones cristianas que se han ido sucediendo en marcos socio-culturales diversos,

El padre fundador muestra a María como modelo, es decir, como imagen preclara de lo que Dios pensó del hombre, de su ser y destino, como individuo y como miembro de la sociedad; pero él también la muestra como *camino* hacia la realización de ese ideal.

DIMENSIÓN ANTROPOLÓGICA DE LA PIEDAD MARIANA

Nuestra época, como las precedentes, está llamada a verificar su propio conocimiento de la realidad con la palabra de Dios y, para limitarnos al caso que nos ocupa, a confrontar sus concepciones antropológicas y los problemas que derivan de ellas con la figura de la Virgen tal cual nos es presentada por el Evangelio. La lectura de las Sagradas Escrituras, hecha bajo el influjo del Espíritu Santo y teniendo presentes las adquisiciones de las ciencias humanas y las variadas situaciones del mundo contemporáneo, llevará a descubrir cómo María puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo. De este modo, por poner algún ejemplo, la mujer contemporánea, deseosa de participar con poder de decisión en las elecciones de la comunidad, contemplará con íntima alegría a María que, puesta a diálogo con Dios, da su consentimiento activo y responsable no a la solución de un problema contingente sino a la "obra de los siglos" como se ha llamado justamente a la Encarnación del Verbo; se dará cuenta de que la opción del estado virginal por parte de María, que en el designio de Dios la disponía al misterio de la Encarnación, no fue un acto de cerrarse a algunos de los valores del estado matrimonial, sino que constituyó una opción valiente, llevada a cabo para consagrarse totalmente al amor de Dios; comprobará con gozosa sorpresa que María de Nazaret, aun habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante, antes bien, fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo (cf. Lc. 1, 51-53); reconocerá en María, que "sobresale entre los humildes y los pobres del Señor", una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (cf. Mt. 2, 13-23): situaciones todas éstas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad; y no se le presentará María como una madre celosamente replegada sobre su propio Hijo divino, sino como mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo (cf. Jn. 2, 1-12) y cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el calvario dimensiones universales. Son ejemplos. Sin embargo, aparece claro en ellos cómo la figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena

al contemplar la figura y la misión de María - como Mujer nueva y perfecta cristiana que resume en sí misma las situaciones más características de la vida femenina porque es Virgen, Esposa, Madre -, hayan considerado a la Madre de Jesús como "modelo eximio" de la condición femenina y ejemplar "limpidísimo" de vida evangélica, y hayan plasmado estos sentimientos según las categorías y los modos expresivos propios de su época. La Iglesia, cuando considera la larga historia de la piedad mariana, se alegra comprobando la continuidad del hecho cultural, pero no se vincula a los esquemas representativos de las varias épocas culturales ni a las particulares concepciones antropológicas subyacentes y comprende cómo algunas expresiones de culto, perfectamente válidas en sí mismas, son menos aptas para los hombres pertenecientes a épocas y civilizaciones distintas. (MC, 2:34-37)

y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones.” (MC, 2:37)

2.3. Necesidad de reactualizar la imagen y la devoción mariana

La perspectiva kentenijiana del carisma mariano es novedosa y tomará tiempo hasta que se arraigue en la espiritualidad del Pueblo de Dios. La piedad mariana tradicional está más marcada por la relación personal con ella y no está tan conscientemente vinculada con la realidad social y con los cambios que urgen en ese campo.

Tradicionalmente se ha venerado a la Virgen con íntimo amor filial como Madre de Dios y Madre del Señor. Nos es de algún modo natural volvernos a la Virgen esperando de ella una mayor cercanía con el Señor, una mayor profundidad en nuestra oración, un crecimiento en nuestra transformación y santificación personal; pero no brota tan espontáneamente unir la imagen y la devoción a María con nuestra responsabilidad en el campo político, con la pregunta sobre el salario justo, con el problema habitacional o los cambios necesarios en el área de la salud y de la educación. Podemos, quizás, pedir su ayuda, pero no relacionamos intrínsecamente su persona y su misión con esos ámbitos.

Tradicionalmente se ha visto a María como la Inmaculada que encarna el ser humano más perfecto y libre de todo pecado. Inmaculada, se acentúa, porque en ella no existe ningún rastro de pecado en relación a la sexualidad: ella es enteramente pura, es el ideal acabado de pureza.

Tradicionalmente también se ha destacado en la imagen de María el que ella es nuestra madre, que siempre está preocupada de nosotros y que nos auxilia en todas nuestras necesidades. María es la madre y reina de la misericordia y el refugio de los pecadores.

Estas y otras cualidades son rasgos de la piedad mariana arraigados desde hace siglos en la vida de la Iglesia. Ahora bien, al no haberse destacado especialmente la incidencia de María en la dimensión antropológica se comprende el hecho que a menudo, personas y corrientes marianas en la Iglesia, se presentaron como lejanas a un compromiso y cambio social. Se estaba más preocupado del cielo que del reino de Dios aquí en la tierra; de “salvar la propia alma”, que de salvar a los hermanos que padecían necesidad. Se practicaban devociones marianas y se promovían obras de caridad, pero no se reparaba tanto en la necesidad de hacer marianas las estructuras de nuestra sociedad marcadas por el pecado.

Después del Concilio Vaticano II, cuando la Iglesia destacó su proyección hacia el mundo y llamó a los laicos a impregnar del espíritu del Evangelio el orden temporal, la piedad mariana entró en una fuerte crisis, pues muchos estimaban que era alienante, que llevaba a desentenderse de las exigencias de la justicia social. La exhortación apostólica *Marialis Cultus* quiso ser una respuesta en este sentido y proponer a la Iglesia una renovación y actualización de la piedad mariana. El aporte del P. Kentenich en esta línea es extraordinariamente significativo.

En este sentido, no debemos olvidar que el problema de la separación de fe o devoción y vida es general. Esa misma dicotomía, por lo demás, se puede dar en relación a otras

devociones. Por ejemplo, alguien podría ser muy devoto de la eucaristía y comulgar a menudo, y, sin embargo, no ser consecuente en la vida con lo que eucaristía significa.

Por otra parte, más específicamente, debemos preguntarnos cuál es la imagen de María que poseemos. Podría ser que tuviésemos una imagen muy fragmentaria de María y que no hubiésemos descubierto toda su riqueza respecto a su incidencia en lo social.

El P. Kantenich nos dice:

Si antes se vio a María principalmente como custodia de un orden existente, como guardiana del jardín cerrado, ahora ella quiere comprometerse y actuar como la salvadora del orden destruido. De este modo sucede un importante cambio en nuestra imagen de María y del hombre. En ambos hay que acentuar más la decisión personal y libre, la libre y responsable cooperación en la reconstrucción de un orden cristiano destruido, trátase de la célula fundamental de la sociedad, de la familia, o de otras formas de expresión de la comunidad.²

² *Textos sociales*, p.115. Si antes se consideró a María vencedora de las herejías cristológicas, hoy debemos considerarla también en la perspectiva de las herejías antropológicas. Ella da respuesta a la problemática actual en torno al hombre y la sociedad.

Dice el padre fundador en la *Semana de Coronación de 1946*:

“¿No se apiadará el Dios vivo de nosotros, no nos enviará un profeta al cual le diga: “Profetiza, hijo de hombre” (Ez 37,9); di la palabra, la palabra justa, la palabra que obre la transformación, la palabra que haga de este campo de escombros y de cadáveres, nuevamente un organismo vivo, una tierra floreciente? Pronuncia esa palabra transformadora. Salva este orden social tan fuertemente afectado y quebrantado. Contribuye al renacimiento de un orden social y mundial verdaderamente cristianos, tal como existiera en otros tiempos en el Viejo Mundo. ¿Acaso Dios no tendrá misericordia? ¿No pronunciará su palabra omnipotente? ¿No le dirá al profeta: “profetiza”? Aportar a la labor de rescatar la vida de entre las ruinas significa para nosotros coronar a María Santísima, reconocer el reinado de la Virgen sobre toda la faz de la tierra. Así veremos cómo los huesos se juntarán unos con otros y se infunde nueva vida, diáfana y palpitante, al cadáver de Europa y del mundo, y a esta sociedad tan conmocionada y resquebrajada. (p. 177)

El reinado de María Santísima es el medio para reconocer el reinado de Cristo Jesús. (...) En cuanto a mí personalmente lo más importante es: “¡Profetiza, hijo de hombre!” (Ez 37,9) ¡Corona a la Santísima Virgen y habrás salvado el orden social cristiano! Quien conozca los tiempos que corren, quien vislumbre el hambre y el desvalimiento de este mundo, quien observe la indiferencia de la sociedad, incluso de aquellos que han recibido una misión de parte de Dios, no se dará descanso hasta hallar una manera de brindar su aporte para el cambio de este estado de cosas. (p. 193)

Un orden social cristiano debe ser también un orden social orgánico. Sin Cristo, el Rey, cabeza de la comunidad humana, y sin la Santísima Virgen, el corazón, jamás logrará la

¿Vislumbramos entonces por qué revisión de la imagen que poseemos de la persona de María y del amor a ella son tan importantes para la instauración de un nuevo orden cristiano de la sociedad?

Es preciso reactualizar y completar y, si es el caso, que corregir, nuestra imagen de la Virgen María. Es preciso que la amemos en lo que ella realmente es. Esto es un deber que tenemos ante el P. Kentenich, la Iglesia y María misma.

Al mismo tiempo, para que la alianza de amor que sellamos con María realmente nos transforme interiormente y nos haga apóstoles de la construcción de una cultura mariana, se requiere superar todo sesgo de pietismo, intimismo o de una piedad mariana poco consecuente, que se queda en un mero afecto sentimental a María. Por otra parte, se necesita destacar con mayor fuerza que la alianza con María implica comprometernos con ella como instrumentos dispuestos a colaborar activamente en la construcción del Reino de Dios aquí en la tierra.

Resumiendo: la propuesta del P. Kentenich tiene entonces un nombre: María. Pero ello exige que nosotros seamos capaces:

- primero, de mostrar una nueva imagen de María
- segundo, que cultivar una nueva relación con ella, y
- tercero, de aprovechar la fuente de gracias que ella ha abierto en su santuario.

El fundador no se contenta con mostrar el ideal del santo social encarnado en María. Para él; la fuerza transformadora del amor a ella es la raíz del cambio de nuestro corazón, a fin de ser capaces de gestar un nuevo orden cristiano. Por eso él no se cansa de insistir en la alianza de amor con ella y en la vinculación a su santuario de gracias.

humanidad de hoy recuperar su equilibrio y salud. Esta es la fe que nos inspira tranquilidad y seguridad en nuestro caminar. (p. 207)

Y cuanto más se acerca ella al mundo tanto más cerca está el advenimiento de un orden social cristiano y orgánico. (...) María Santísima quiere valerse especialmente de nosotros como sus instrumentos. Ella hará que seamos sus instrumentos para un reino ideal, primero en ambientes más pequeños y luego en ambientes y círculos cada vez más vastos. De esa manera contribuiremos a restaurar el orden social tan conmocionado y amenazado. (p. 209)

Dice el P. Kentenich en una charla dada en Chile:

María representa la imagen ideal del hombre nuevo y de un nuevo orden mariano. Puesto que la consagración implica la unidad de fines con aquel con quien se está en alianza, implica el deber de comprometerse valiente y permanentemente con la Santísima Virgen por la expansión de ese cosmos ordenado (que ella encarna) y la erradicación de los valores que se le oponen.

Dadas las dimensiones del cambio cultural que hoy vivimos, instaurar un nuevo orden cristiano de la sociedad requiere de gracias extraordinarias. Por eso la Virgen ha querido abrir una nueva fuente de gracias, para obrar en él los milagros de gracias, de arraigo en Dios, de transformación interior y de fecundidad apostólica que requiere la realización de la gigantesca tarea que tenemos por delante.

PAUTA PARA UNA REUNIÓN DE GRUPO

- ¿Qué imagen de María ha predominado en nosotros antes de ingresar a Schoenstatt?
- ¿Qué valores y qué limitaciones vemos en la piedad popular mariana de nuestro pueblo?
- ¿Qué peligros pueden darse entre nosotros de un “intimismo” o pietismo mariano?
- ¿Qué significa para nosotros cultivar un “estilo de vida mariano”?
- ¿Qué otros estilos de vida constatamos en nuestro medio?

II. Hacia la conquista de una nueva cultura mariana

1. Dos aspectos fundamentales

Podemos ahora adentrarnos más en nuestro tema. La instauración de un orden social mariano abarca múltiples tareas. Primero nos referiremos a dos aspectos de carácter más general, para luego detenernos en diversos aspectos concretos de la conquista de una cultura marcada con el sello mariano.

1.1. Ganar el corazón

En la charla anterior nos preguntamos por qué ha sido tan difícil y tan lenta la recepción de la doctrina social de la Iglesia y su consecuente puesta en práctica. Dimos algunas respuestas a esta pregunta. Agregamos ahora un motivo que se sitúa más bien en el campo pedagógico.

¿Ha sido poco clara la enseñanza de la Iglesia? Pareciera que no. ¿Ha sido poco difundida? Debe, ciertamente, difundirse mejor, pero no es por falta de conocimiento de la misma el que no se ponga en práctica. Muchos conocen sus exigencias, pero no las ponen por obra.

Tenemos que convencernos que no basta con proclamar doctrina de la Iglesia sobre la moral social. No basta tampoco la insistencia de la jerarquía (lo ha hecho constantemente) y la denuncia de los males de la sociedad y de la familia.

¿Habrá que rezar más? Por cierto que sí. ¿Deberemos esforzarnos para que existan leyes adecuadas y más acordes con el espíritu del Evangelio? También es necesario.

Pero, no bastan estos medios. Pedagógica y tácticamente se requiere de algo más. La transformación de la sociedad e instauración de un orden temporal según el Evangelio de Cristo, requiere que los agentes del cambio social posean personalmente una actitud y una sensibilidad social.

Leíamos en el documento de Medellín:

La originalidad del mensaje cristiano no consiste directamente en la afirmación de la necesidad de un cambio de estructuras, sino en la insistencia en la conversión del hombre, que exige luego este cambio. No tendremos un continente nuevo sin nuevas y renovadas estructuras; sobre todo, no habrá continente nuevo sin hombres nuevos, que a la luz del Evangelio sepan ser verdaderamente libres y responsables. (Med 1 Jus:3-4)

La pregunta es cómo lograr esa transformación tan necesaria. Si queremos transformar la sociedad, primero se requiere un cambio del corazón en quienes van a cambiarla. Nuestro corazón debe sentir, desde dentro, el impulso social.

Cuando se trata de poner en práctica la moral (individual y social), dijimos, no basta con la claridad de ideas ni tampoco basta con la voluntad de ser consecuente. Cuántas veces poseemos claridad intelectual y tenemos el propósito de hacer algo, pero nuestras fuerzas flaquean y no lo logramos.

Más allá de la razón y de la voluntad es necesario ganar el corazón para los ideales. Porque, como dice el Señor, “allí donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón”(Mt 6,21). Si nuestro corazón no tiende hacia la solidaridad y el servicio, si nuestro tesoro es el bienestar material, si nuestras metas son egoístas, si nuestros instintos nos impulsan en otra dirección, entonces se hace extremadamente difícil poner en práctica los ideales.

Es preciso convertir y ganar el corazón del hombre para que éste realmente logre sensibilizarse por el amor al prójimo y el compromiso social. Necesitamos sensibilizarnos socialmente. Nuestro corazón debe sentir, desde dentro, el impulso social. Tiene que darse algo dentro de nosotros, casi instintivo, que nos mueva a la entrega y a la preocupación por los demás, por su condición de vida y por su destino.

Los marxistas consideraban como gran motor de los cambios sociales el odio de clases. Ése era el gran resorte que accionaban. Si no había odio y lucha de clases no se lograban los cambios sociales. Más que las explicaciones y la exposición de la doctrina, lo que en la práctica valía para ellos era despertar el odio hacia los que tenían más. Así movilizaban las masas.

El demonio es el mono de Dios, afirman los padres de la Iglesia. Él sabe movilizar las fuerzas del odio, sabe cómo ganar el instinto y las fuerzas del corazón y del afecto. Y nosotros, ¿qué hacemos? Explicamos la doctrina y exigimos consecuencia. Poco nos preocupamos de ganar el corazón y de educar la sensibilidad.

¿Vislumbramos entonces por qué la persona y el amor a María es importante para la instauración de un nuevo orden social?

María no es una doctrina, es una persona, es una mujer, es madre, y, como tal, su carisma es dar amor. Ella es capaz de conquistar nuestro corazón hasta sus más íntimas fibras.

Dios, que conocía nuestra psicología, pues somos obra de sus manos, sabía que para ganarnos por entero, necesitaba ganar nuestro corazón y que, para ello, necesitábamos de

María. Por eso el Verbo se hizo carne en sus entrañas y nos la regaló desde lo alto de la cruz como nuestra verdadera madre.

Si nos entregamos a ella como amor filial, se crea entre ella y nosotros un lazo de amor que posee una extraordinaria fuerza unitiva y asemejadora. Y es esto lo que el P. Kentenich asume en su pedagogía.

El núcleo de la pedagogía kentenijiana se rige por la consigna: “Por la vinculación a María hacia una actitud y estilo de vida y de trabajo marianos”. Es decir, en la medida que amamos a María, que nos vinculamos a ella, su sensibilidad y sus actitudes, “funcionalmente”, en forma natural, pasan a ser nuestras.

Por lo tanto, si queremos contar con “santos sociales”, es decir, con personas que posean un marcado sentido por el tú y que sientan el impulso solidario a darse y a servir, pedagógicamente debemos conducirlos a María. Más que hablar sobre las virtudes sociales y proclamar el imperativo de practicarlas, el amor a ella hará que el proceso de adquirir esas virtudes se haga fácil y fecundo. El amor a ella nos asemeja a ella. Por cierto que en este proceso siempre suponemos que contamos con una verdadera imagen de María y que se cultiva una auténtica piedad mariana.

Tal vez para algunos puede resultar lo que Schoenstatt propone como algo “etéreo”, muy “espiritual”, pero poco concreto y eficaz. ¿Proponemos algo ilusorio, una especie de sentimentalismo poco serio? Darle importancia al amor en la pedagogía, es decir, en la formación de la personalidad, ¿es poco efectivo? Ciertamente que no. Todo el camino que propone el Evangelio sería entonces utópica. Lo utópico, ineficaz y poco serio sería no darle importancia y no asumir la realidad del afecto, de la sensibilidad y del subconsciente. Significaría retornar al siglo XIX, a la era del racionalismo y del moralismo, cuando aún no se habían tomado en cuenta estas esferas de nuestra naturaleza en su dimensión pedagógica. Significaría también no tomar suficientemente en cuenta “la originalidad del mensaje cristiano” a la cual hace referencia el Documento de Medellín.

Por cierto que lo que el P. Kentenich propone no descarta la doctrina, la claridad de los principios y la proclamación de un orden moral objetivo. Se supone que proclamamos y defendemos el orden querido por Dios. Pero urge que también encontremos los caminos pedagógicos que nos permitan internalizar esos valores del orden objetivo. Para nosotros es claro que ello no se da suficientemente cuando no se cultiva un amor cálido y filial a María. La verdad que no capta el corazón y la sensibilidad carece de fuerza y eficacia.

Las consideraciones que planteamos en el párrafo siguiente nos adentran aún más en esta perspectiva.

1.2. La presencia del “eterno femenino”

Si observamos la cultura en la cual estamos sumergidos, no podemos sino constatar que es una cultura que está enferma por la carencia en ella del eterno femenino. Nuestra cultura es una cultura fuertemente hipevirilizada, donde lo que cuenta son los valores típicamente masculinos: fabricar, racionalizar, poder, producir, poseer, etc. Se extrapolan estos valores, a veces hasta el extremo, pasando por encima de realidades humanas básicas: la

consideración de la persona en su valor individual, la vida en todas sus formas, el cuidado y preocupación por los más débiles y necesitados, los valores del corazón, etc.

Considerando este trasfondo cultural, ¿no resulta evidente la carencia en ella de lo típicamente femenino y maternal? ¿En torno a qué gira la problemática social? ¿No gira precisamente en torno a esta carencia? ¿Cuáles son las banderas, los objetivos que persigue la doctrina social de la Iglesia?

A la Iglesia le preocupa la suerte de los más débiles, de los desamparados, de los ancianos, etc. La Iglesia, como Cristo, ha hecho una opción preferencial por los pobres. Le importa que existan personas que sientan la necesidad de los más postergados y tengan “entrañas de misericordia”. Defiende la vida en todas sus formas. Contra una cultura de la muerte la Iglesia defiende la dignidad y el valor de la persona, antes y después del nacimiento. Rechaza toda utilización del hombre como mero objeto o instrumento de lucro. La gran preocupación de la Iglesia es cómo hacer de este mundo un mundo más humano, donde todos se sepan y se sientan hermanos y actúen como hermanos; donde se superen las discriminaciones y desigualdades “que claman al cielo”.

¿Cómo hacer de este mundo un hogar, una gran familia? ¿Cómo hacer prevalecer los valores del respeto, de la delicadeza, de la entrega desinteresada, del servicio, del misterio de la vida y del sentido por la trascendencia? ¿Cómo dar alma a nuestra cultura?

Estas son las urgencias que preocupan a la Iglesia y a todos aquellos que luchan por una sociedad donde reine la justicia social. Y estas urgencias responden a una sensibilidad materna, brotan de un sentir típicamente materno. La Iglesia, que es Madre y Esposa, siente profundamente esta urgencia.

¿Estamos conscientes que más allá del poder constructor, de la fuerza viril, que deben poseer los “santos sociales”, éstos deben también contar con una gran sensibilidad y mentalidad maternal y social tal como Cristo la encarna y la pide de nosotros?

Pero hoy nos encontramos ante el hecho que hasta la misma mujer, llevada por corrientes feministas, llega a renegar de su propia identidad, asumiendo como ideal parámetros masculinos: no quiere ser madre, ha perdido la paciencia para cultivar la vida, incluso, reclamando sus “derechos reproductivos”, aboga por la posibilidad de dar muerte al ser más indefenso que lleva en su seno.

Dios quiso regalar a la Iglesia y al mundo una madre. El quiso que la más santa, la cumbre de su creación, fuese una mujer: María, reina de todo lo creado. El sabía que la mujer necesitaba un ideal en el cual verse enaltecida. Sabía que el varón necesitaba de ella. Sabía que la humanidad necesitaba de una madre para no deshumanizarse. Por eso, en una época en que la cultura camina hacia su ruina, Dios hace brillar poderosamente en el horizonte la imagen de María, la Mujer.

Dios quiere que la Iglesia, llamada a ser alma del mundo, se identifique hoy más que nunca con María-Mujer, Compañera y Colaboradora de Cristo, quien se encarnó en su seno para redimir al hombre.

María tiene que hacerse presente en esta cultura, donde todo se organiza, se analiza, se planifica, se instrumentaliza y se juzga según el factor de producción, de utilidad y de lucro; en esta cultura materialista, sin alma, donde reina el egoísmo, el individualismo y la violencia, donde no hay cabida para los valores típicamente femeninos y maternos.

Más que nunca necesitamos de María. La necesita la cultura, la Iglesia y la mujer. La necesita el varón, porque éste, sin el complemento femenino, se convierte rápidamente en un destructor y en una amenaza para la vida.

Sin la presencia viva de María, la tarea de dar alma y de humanizar la cultura no tendrá éxito. Sólo una Iglesia profundamente mariana será capaz de llevar a cabo la doctrina social.

2. Diversas concreciones de un nuevo orden mariano de la sociedad

El P. Kantenich siempre se atuvo a mostrar la imagen bíblica de María y se basó en los datos seguros que el dogma nos entrega sobre ella. Nunca recurrió a fábulas marianas o a exageraciones sobre las dotes de María, que abundan en muchos libros. Le importaba su imagen objetiva, lo que ella es y significa en el plan de redención.

Queremos construir un orden que lleve inscrito los rasgos de María. ¿Qué significa esto en concreto? Mirándola y amándola a ella nos sentimos llamados a luchar por transformar nuestra cultura. ¿Qué exigencias nos plantea entonces el amor a ella?

2.1. La nueva cultura mariana lleva el sello de la dependencia del Dios vivo

“He aquí la sierva del Señor” (Lc 1, 38)

Un nuevo orden cristiano de la sociedad será sólo posible cuando se den personas que se sepan instrumentos en manos de Dios, que estén conscientes de que la instauración del reino de Dios aquí en la tierra es don de Dios.

El sueño de Prometeo ha estado constantemente presente en los últimos siglos: la utopía de construir un mundo más humano y fraterno, prescindiendo teórica o prácticamente de Dios, confiando más en las propias fuerzas que en la fuerza redentora de Cristo.

En nuestra sociedad ha desaparecido el respeto de Dios (el “temor de Dios”, según la terminología bíblica). Todo resulta ser relativo. La verdad la determina el consenso de las mayorías. Es bueno lo conviene al individuo o a los grupos de poder. Vivimos el reinado del relativismo moral, producto de la prescindencia de Dios. Hoy se es o “librepensador” o agnóstico, o bien, cada uno se fabrica un dios de acuerdo a la propia medida. Son pocos los que se declaran ateos. Al menos antes se luchaba contra Dios y la religión, hoy, en cambio, se considera que no vale la pena hacerlo, ¿para qué si al fin y al cabo creer en Dios no tiene mayor incidencia en la vida, en las leyes del mercado, en lo que podemos hacer y no hacer valiéndonos de las armas que nos da la ciencia y la técnica...

María, por el contrario, sabe que todo es don de Dios. Ella experimentó en su propia persona la irrupción de lo divino en lo humano. En ella Dios se hace carne y emprende la obra salvadora. Ella tiene la viva experiencia que es Dios quien toma la iniciativa; que él es

el dueño de la historia y que a la criatura sólo le cabe abrirse a su gracia redentora y a cooperar con él.

De esto está enteramente consciente María. Por eso canta en el Magnificat que el Señor, el que es Poderoso y Santo, ha hecho grandes cosas en ella y a través de ella. Y su compromiso es claro: "Que se haga en mí según tu palabra. Yo soy la sierva del Señor".

María se sitúa, con una extraordinaria consciencia de protagonismo histórico, en el vértice de la historia de la humanidad. Para ella Dios es lo central. Es una persona, no una idea o un código moral. Es el Dios de su corazón, el Verbo encarnado, al cual estrechó en sus brazos y acompañó en el Gólgota.

El Documento de Puebla lo expresa bellamente:

Según el plan de Dios, en María "todo está referido a Cristo y todo depende de él" (MC 25). Su existencia entera es una plena comunión con su Hijo. Ella dio su sí a ese designio de amor. Libremente lo aceptó en la anunciación y fue fiel a su palabra hasta el martirio del Gólgota. Fue la fiel acompañante del Señor en todos sus caminos. La maternidad divina la llevó a una entrega total. Fue un don generoso, lúcido y permanente. Anudó una historia de amor a Cristo íntima y santa, única, que culmina en la gloria.

La Virgen María no sólo está centrada personalmente en Cristo, ella también se consagra por entero a su obra redentora:

María, llevada a la máxima participación con Cristo, es la colaboradora estrecha en su obra. Ella fue "algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante" (MC 37). No es sólo el fruto admirable de la redención; es también la cooperadora activa. En María se manifiesta preclaramente que Cristo no anula la creatividad de quienes le siguen. Ella, asociada a Cristo, desarrolla todas sus capacidades y responsabilidades humanas, hasta llegar a ser la nueva Eva junto al nuevo Adán. María, por su cooperación libre en la historia. Por esta comunión y participación, la Virgen Inmaculada vive ahora inmersa en el misterio de la Trinidad, alabando la gloria de Dios e intercediendo por los hombres. (DP II:292-293)

Este es el talante que deben poseer los constructores de la sociedad, los santos sociales. El Señor de la historia nos ha llamado también a cada uno de nosotros a asumir su plan de redención. Así como María recibió un encargo, el más sublime y trascendente, también nosotros recibimos una tarea en su plan. En nuestras manos está aceptar esa tarea, darle nuestro sí y ser fieles a su voluntad.

¿Dónde están los constructores de la sociedad que muestran esta actitud de alma? ¿Dónde aquellos que con profunda humildad se inclinan y abren a los deseos del Altísimo? ¿Dónde los que dan su sí y se comprometen activamente en la realización del plan salvador del Señor? ¿Dónde los políticos y gobernantes que con humildad se inclinan ante los deseos de Dios y acatan su voluntad en la ley que él puso en la criatura? ¿Dónde los economistas, los artistas, los periodistas, los abogados, los profesores, los técnicos, los hombres de ciencias,

que como María y en unión a ella se ponen en manos del Señor al servicio de su obra redentora?

No tendremos una nueva sociedad sin personalidades marianas. Lo que el Señor busca y lo que la Virgen quiere formar en su santuario son constructores del reino anclados profundamente en el corazón de Dios Padre.

2.2. La nueva cultura mariana lleva inscrito el signo del respeto a la dignidad de cada persona.

“El Señor hizo en mí grandes cosas” (Lc 1, 49)

Uno de los pilares básicos de la doctrina social de la Iglesia es el respeto de la dignidad de cada persona. Esto implica ver al hombre como imagen y semejanza de Dios, como hijo de Dios Padre, como imagen de Cristo y miembro de su Cuerpo y como templo del Espíritu Santo.

Existe un antiguo adagio que dice: “homo homini lupus”, el hombre es para el hombre un lobo. Sartre, por su parte, acuñó la conocida sentencia: “Los otros son el infierno”. ¿Cómo vemos a las personas que nos rodean? ¿Cómo valoramos a los que no pertenecen a nuestro círculo, a los que no son de nuestro color o de nuestro nivel social? ¿Cómo consideramos a quienes no comulgan con nuestras ideas ni comparten nuestras simpatías? ¿Cómo vemos y tratamos al obrero o al pordiosero?

Debiéramos verlo como imagen de Cristo. ¿Y cómo lo ve Cristo? Cristo lo ve como una imagen de María. Ella es el fruto perfecto de la obra creadora de Dios Padre y de la sangre que él mismo vertió por la redención del hombre. Cristo ve en cada miembro de su cuerpo el llamado a ser como María. Él quiere que cada persona se asemeje a ella. Que cada persona sea tratada y dignificada como él trató y dignificó a María.

La creación de la obra “María Ayuda” surgió en la mente del P. Hernán Alessandri cuando vio cómo niñas pobres se prostituían ofreciéndose en las esquinas de las calles, cerca de Bellavista. Él consideró que no era posible que sucediera eso con quienes estaban llamadas a llevar en su frente la corona de María. Por eso se sintió impulsado a fundar la obra *María Ayuda*: era necesario luchar desde el santuario por la defensa de la dignidad de esas criaturas.

Este es un caso emblemático para nosotros. Cristo dio su sangre por rescatar la dignidad perdida del hijo pródigo. Quiso restituirlo en su dignidad de hijo de Dios y miembro de su cuerpo. Esto lo realizó en la Inmaculada en forma acabada y eso mismo quiere realizarlo en cada uno de nosotros.

Por eso, si nos consideramos cristianos y comprometidos en la obra de la redención, entonces tenemos que luchar y dar nuestra sangre, nuestra vida y nuestro sudor, por la dignificación del hombre, para que en el rostro de cada persona resplandezca el rostro de María.

La Iglesia aboga y exige la instauración de un orden justo. Un orden, afirma el documento de Medellín:

en que los hombres puedan realizarse como hombres, en donde su dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocido, su libertad personal garantizada. Un orden en el que los hombres no sean objetos, sino agentes de su propia historia”. (Por eso aboga por) “el desarrollo integral de todo el hombre y de todos los hombres, por el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas (Medellín 2,14).

Con esto se traza un programa de reforma social eminentemente mariano. La santísima Virgen es para nosotros la norma según la cual debemos considerar y tratar al hombre. Porque es la dignidad de María la que es lesionada en nuestro tiempo y ello nos duele.

Es la dignidad de María la que es menoscabada, la que es herida en las fábricas, en las empresas, en el campo, en la ciudad, en donde se impone el ansia de poder o el afán de tener sin medida, que no respeta al individuo sino que lo usa como un medio en provecho propio.

Es la dignidad que resplandece en María la que es lesionada por la propaganda, por la subcultura del sexualismo y de los alucinógenos, por la sociedad de consumo y la masificación. Es la dignidad que resplandece en ella la que es conculcada cuando se denigra a la mujer.

Por eso nos sentimos llamados a luchar por la instauración de un nuevo orden social mariano, en el cual sea respetada y valorada la dignidad y la originalidad de cada persona, por más humilde que ella sea ante los ojos humanos.

Es tarea que nace de nuestro marianismo buscar la transformación de las empresa para que los obreros tengan mayor participación y, con ello, más dignidad; una empresa donde no sólo se beneficien los empresarios, sino también los obreros, a fin de que puedan contar con un hogar digno y regalarle a sus hijos la posibilidad de acceder a una educación enaltecedora.

Es una labor mariana la que asume un medico cuando lucha por transformar el sistema de salud nacional, a fin de que cada persona pueda recibir una atención digna y eficiente.

Promover todo lo que permite al hombre ser más hombre, es decir, ser más como María, es tarea nuestra. Ese es el urgente llamado que brota desde Schoenstatt. No nos contentamos con tener para nosotros una vida y un trabajo digno y dignificante. Nuestra misión mariana nos hace mirar más allá de nuestro pequeño yo.

2.3. La nueva cultura mariana posee como sello distintivo la libertad

“Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38)

La dignidad de la persona humana, hecha a semejanza de Dios, tiene como nervio central la libertad. Es el don más grande que Dios le concedió a la criatura: ser capaz de decidir y de realizar lo que ha decidido.

Desde la Revolución Francesa se viene escuchando por toda la tierra el grito de la libertad. Todos aspiran a ella. Incluso dictaduras como la marxista aspiraban a la plena libertad de lo

que debía ser el paraíso aquí en la tierra. Nuestro mundo capitalista venera la libertad. Se defiende la democracia porque se ve en ella el seguro y garantía de la libertad. Se reclama la libertad de prensa, la libertad política, el libre mercado en el comercio. Se exige la libertad de la mujer para decidir según los derechos reproductivos que posee. Se aboga por la libertad para elegir el sexo, para abortar, para divorciarse...

Todos reclaman y proclaman el eslogan de la libertad, pero ¿qué se entiende por libertad? Quien dice, por ejemplo, que no se debe usar píldoras abortivas para regular la natalidad o que el matrimonio es indisoluble, a ese se le tacha de ir contra la libertad de los demás, de ser “fundamentalista”, retrógrado o un conservador recalcitrante, que no tiene por qué imponer su criterio a los demás, porque “nuestra sociedad es libre y nadie tiene el derecho de imponer a los demás su opinión”. Se cae así en una especie de dictadura de la libertad ...

Como estamos en un régimen democrático y éste se rige por el consenso, entonces se busca conquistar ese consenso por la propaganda, por la manipulación de los intereses económicos, por el poder político, para que se imponga lo que “libremente” se ha decidido.

Esta es la cruda realidad que se vive en nuestra cultura, que tanto se ufana del ideal de la libertad.

Y frente a todo esto una muchacha, en un pequeño pueblo de Judea, recibe un mensajero que la saluda de parte de Dios. La llama por un nombre que la asombra. Ella se pregunta qué significaba aquel saludo. Recibe una respuesta: ha sido elegida para ser madre del Mesías prometido. Toda mujer en Israel anhelaba ser madre del Mesías prometido, pero, con plena posesión de sí misma, replica que ella antes había decidido permanecer virgen, porque le parecía que Dios así lo quería. No comprendía cómo sería posible entonces ser madre. El mensajero de Dios le explica qué va a suceder y cómo para Dios no hay nada imposible. Entonces ella da libremente su sí. Sí al que permaneció fiel hasta el fin.

Ese acto de libertad dividió la historia en dos capítulos. Dios mismo, se inclinó ante la libertad de su criatura, para pedir su consentimiento. Ella aceptó el plan que Dios tenía y se comprometió libremente. Y el Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros.

Luego, esa misma muchacha, parte presurosa a través de la montaña, para ir en socorro de su anciana prima. Toma la iniciativa libremente, mostrando así la naturaleza de su personalidad.

María se sabe y se siente llamada a participar libremente de la suerte de su pueblo; se sabe llamada a cooperar y a corredimir unida a Cristo. Consciente de su papel exclama “¡Bienaventurada me llamarán todas las generaciones!”

Ese es el talante de María y esa debe ser la característica distintiva de quienes la aman y buscan imitarla y ponerse como ella, libremente, al servicio del Señor.

Saber lo que Dios quiere, indagar su voluntad, “someterse” a su querer, no significa para María ninguna denigración ni pérdida de su libertad. Ella asume libremente su querer. Es libre para decidir. Es interiormente libre de pasiones desordenadas, del egoísmo, del miedo a asumir responsabilidades, es libre del pecado, es enteramente libre.

Ese es el ideal de libertad de la nueva cultura mariana. Una cultura que supera el engaño de las falsas libertades. Una cultura de personas que se abren a Dios y a su verdad y que, libremente, con entereza se ponen en sus manos como instrumentos, para ser agentes activos en su plan de redención.

Sólo personalidades interiormente libres gestarán un mundo libre.

Ser libre significa capacidad de autodecidir. ¿Poseemos esa cualidad? ¿Posibilitamos a otros que tomen decisiones? ¿Enseñamos a tomar decisiones?

Ser libre abarca también la capacidad de autorealizar. ¿Damos lugar a que las personas en el hogar, en el trabajo, en la sociedad tengan la posibilidad real de participar, de ser cogestores?

Todo esto es parte esencial de nuestro programa. Queremos formar en todos los órdenes de la sociedad, una comunidad libre basada en hombres libres.

El reino de Dios aquí en la tierra es el reino de la libertad. Dios creó el hombre a su imagen y semejanza y llamó a sus hijos a conformar una sociedad de hombres libres, libres como María.

Por eso no podemos permanecer indiferentes al ver que la inmensa mayoría de los hombres latinoamericanos lleva una existencia marginada, que los coloca en una situación de esclavitud cultural, social, política, económica. Millones de habitantes de este continente viven sumidos en un mundo de ignorancia, excluidos de los beneficios de la cultura y de la técnica, llenos de prejuicios y supersticiones, lejos de una participación activa en las decisiones políticas, en las fábricas o empresas en que trabajan, imposibilitados, por las mismas condiciones infrahumanas en que muchas veces viven, de salir de su esclavitud. (cfr. Med. 4, 3; 4,7)

María se alza como señal de luz y esperanza y como viva protesta ante esta realidad. Los schoenstattianos, por nuestra alianza de amor, estamos llamados a convertirnos en paladines de la libertad del hombre, en aquellos que más luchan para que el hombre llegue a ser verdaderamente libre, así como María fue libre.

2.4. La nueva cultura mariana lleva inscrito el signo del servicio

“No tienen vino” Jn 2, 3)

En los últimos siglos ha imperado en nuestra cultura el individualismo y la masificación colectivista. Se aspira (todas las proclamas lo anuncian) a una sociedad más fraterna, más solidaria y más justa, pero, al parecer, las consignas no logran transformar la realidad. Más aún, se han llegado a aplicar los métodos más inhumanos para alcanzar la pretendida sociedad ideal, justa y fraterna. Se han aplicado métodos inhumanos para obtener un mundo más humano.

Lo que prima no es el servicio al tú, sino la competencia, a veces despiadada, por obtener más en provecho propio. Hemos sido testigos en el siglo XX de las más brutales dictaduras

y de un ejercicio de la autoridad que nos recuerda en toda su realidad la advertencia del Señor a sus discípulos:

Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos. (Mt 20:25-28)

¿Cómo se ejerce hoy la autoridad? Cuántas veces se ejerce con frialdad, pasando sobre el individuo y no como un llamado a servir a los demás para que ellos crezcan y su existencia sea más humana y más digna. Cuánto machismo existe aún en nuestra cultura. Cuánto autoritarismo. La autoridad exige, dictamina, manda, castiga, parece que en eso consistiese la autoridad. Cuán lejos se está de la enseñanza del Señor, que vivió y concibió la autoridad como servicio. Incluso en la misma Iglesia, llamada a ser madre y maestra, la autoridad se ha ejercido en forma semejante: arrastramos una pesada herencia que data desde Constantino, cuando el cristianismo pasó a ser la religión oficial del imperio y asumió en gran parte el estilo de autoridad que en él se ejercía. Tanto así que se mostró a lo largo de siglos como una organización de carácter autoritario, donde se regía por medio de normas y decretos; más que por el servicio, donde los pastores llegaron a ser como los señores feudales y los “príncipes” de la Iglesia.

Qué distintas serían la sociedad y la Iglesia si en ellas estuviese más presente la persona de la Virgen María. Porque, si está María en ella entonces tendremos más cerca la persona de Cristo, que no vino a ser servido sino a servir.

A María nadie le dijo que fuera a ayudar a su prima Isabel, pero ella vio la necesidad y por propia iniciativa se puso en camino. Y no lo hizo precisamente para publicar lo que le había sucedido, sino que la movió una necesidad tan terrena y cotidiana como es servir de partera a una anciana y ocuparse de los quehaceres domésticos. Al hacerlo llevaba a Cristo y su presencia llenó a Isabel y al niño del Espíritu Santo y Zacarías recobró el habla.

Vemos a María en Caná. No en el centro de la fiesta, sentada junto al Señor, esperando que la sirvan. Está, seguramente, en la cocina, donde se prepara la comida y se distribuye el vino. Nuevamente toma la iniciativa. Se ha percatado de la necesidad y actúa. Su naturaleza la impulsa a ello. Ella se realiza a sí misma sirviendo, dándose, preocupándose de los demás y olvidándose a sí. Se dirige al Señor con confianza ciega: él puede ayudar y va a ayudar si ella se lo pide, pues sabe que él la ama como a ninguna otra criatura. Y el milagro de la transformación del agua en vino se produce. Y los discípulos creen en el Señor.

Esta actitud de servicio es la que ella anhela ver encarnada en nosotros sus hijos e instrumentos, para que, como ella y con ella, tomemos la iniciativa de ir al encuentro de quien lo necesita y ser solidarios. Instrumentos que salen al encuentro de necesidades tan concretas como las que a ella la movieron. Instrumentos que sean capaces de dejar su comodidad y asumir los sacrificios que significa servir. Instrumentos que sirviendo hacen presente a Cristo.

El nuevo orden mariano de la sociedad quiere romper con el egoísmo individualista y abrir el yo a horizontes más amplios de solidaridad y generosidad. Para ello los santos sociales que anhela el fundador y que deben surgir del santuario, deben revestirse interiormente de aquella que se identificó hondamente con Cristo Jesús.

María sirve, es la sierva del Señor. Para ella reinar es servir. Y como sierva del Señor se hace sierva de los hombres. Ella es la antagonista del demonio, del que siembra la cizaña y divide. Por eso María es llamada la madre del amor hermoso y de la misericordia y es invocada como auxilio de los cristianos y medianera de las gracias; como refugio de los pecadores y consuelo de los afligidos. María es el corazón maternal de la Iglesia que quiere ser servidora del hombre. Si la tenemos habrá más solidaridad entre los hombres.

La Virgen María quiere venir a visitarnos también hoy. Como Isabel y Zacarías también nuestra cultura la necesita. Tal como se encaminó presurosa a través de la montaña para servir, también hoy quiere servir en el advenimiento de una nueva cultura de la solidaridad.

Como hemos dicho, no basta con mostrar a la Virgen como ejemplo de servicio y responsabilidad social. Lo primero es tenerla a ella en el corazón. En su corazón se va a transformar nuestro corazón estrecho y egoísta, insensible, duro o demasiado temeroso y vulnerable, hasta llegar a ser semejante al suyo. Ella está llamada a convertir el corazón de la mujer y del hombre de nuestro tiempo.

2.5. El nuevo orden social lleva el sello de la justicia

“Exaltó a los humildes” (Lc 1, 52)

Poco se relaciona a la Virgen María con la lucha por la justicia social. En la óptica del P. Kentenich esta perspectiva es clara. En su carta de Nueva Helvecia, escrita en Uruguay, en 1948, refiriéndose a la “visión del futuro” que animaba al mundo marxista, afirma que “una visión no puede ser vencida sino por otra visión”. La visión cristiana, dice, la expresa María en su cántico:

La Santísima Virgen ha expresado en el Magnificat la gran visión cristiana del futuro en las memorables palabras: Et exaltavit humiles, y ensalzó a los humildes. El Apocalipsis retoma a su manera el tema y lo lleva a su fin en brillantes imágenes. Esta visión vive consciente e inconscientemente, aunque desfigurada y como un rayo pequeño e insignificante, en la imagen del mundo y del hombre de las más variadas corrientes colectivistas que luchan por una promoción para los desheredados, la cuarta clase, y quieren que se beneficien del inesperado progreso moderno de la economía y de la técnica. Como la luna se pierde rápidamente de vista frente al sol que nace, así también se vence la visión del colectivismo con su pobre contenido de verdad, si nosotros hacemos despuntar el sol de la visión cristiana del futuro con todo su brillo y esplendor, tal como nos lo muestra la Sagrada Escritura. (...)Schoenstatt se empeñó desde el principio en apropiarse de la visión cristiana del futuro y revestirla mediante su “secreto”³ de una forma eficaz y original.

³ La alianza de amor con María en el santuario.

Es interesante constatar la coincidencia del pensamiento del P. Kentenich con lo que Pablo VI expone en su Exhortación apostólica *Marialis Cultus* (1974):

María de Nazaret, aun habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante, antes bien, fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo (cf. Lc. 1, 51-53); reconocerá en María, que “sobresale entre los humildes y los pobres del Señor”, una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio (cf. Mt. 2, 13-23): situaciones todas éstas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad; y no se le presentará María como una madre celosamente replegada sobre su propio Hijo divino, sino como mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo (cf. Jn. 2, 1-12) y cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el calvario dimensiones universales. Son ejemplos. Sin embargo, aparece claro en ellos cómo la figura de la Virgen no defrauda esperanza alguna profunda de los hombres de nuestro tiempo y les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor: artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna; promotor de la justicia que libera al oprimido y de la caridad que socorre al necesitado, pero sobre todo testigo activo del amor que edifica a Cristo en los corazones. (MC 2:37)

El texto del Magníficat fue usado a menudo por corrientes de la teología de la liberación en clave de la lucha de clases. Esto significó para muchos un obstáculo que dificultó abrirse al significado global de este pasaje bíblico mariano. Sin embargo esa utilización del texto no debe impedirnos buscar su verdadero sentido.

El Magníficat se refiere, por una parte, a los ricos y poderosos, que están llenos de soberbia en su espíritu y, por otra parte, a los pobres o humildes de corazón.

Los primeros quedarán vacíos y serán derribados de su trono y los últimos, los predilectos de Dios, serán colmados de bienes. En general es ésta la dimensión que más se destaca al comentar el cántico de María.

Pero el texto abarca también otra dimensión complementaria: la proclamación de una justicia que exige que al pobre, al de condición humilde, a las viudas, a los desamparados, a los desvalidos, etc., se les dé lo que les corresponde (la justicia consiste precisamente en dar a cada cual lo que le corresponde). Es decir, lo que les corresponde como personas humanas, como hijos de Dios, miembros de su Pueblo e imágenes vivas de Cristo (“ellos serán saciados”). Recuérdese en este contexto el mensaje que continuamente repiten los profetas en el Antiguo Testamento.

Por eso el P. Kentenich llama en esta línea a dar el lugar que le corresponde a la justicia social:

En ambos campos, en el católico y en el protestante, se toma cada vez más conciencia de que hemos cometido muchos errores en este sentido en el transcurso de los decenios. Hemos acentuado demasiado la caritas (obras de misericordia, limosnas) y hemos puesto muy poco el acento en la justicia, especialmente en la justicia social. (Carta del 31 de Mayo 1949)

“Hemos puesto muy poco el acento en la justicia, especialmente en la justicia social”, afirma nuestro padre y fundador. No es extraño constatar que muchas veces la preocupación social se tiende a reducir a la ayuda que se presta a obras de beneficencia (Hogar de Cristo, María Ayuda, etc.), pero no tanto con la necesidad de promover la justicia social en la el mundo del trabajo y en todo lo que concierne al tejido social.⁴

Ahora bien, en una perspectiva cristiana, el fundamento de la lucha por la justicia social no proviene ni del odio ni de la envidia, sino que se basa en la realidad objetiva que todos fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, que somos hijos de Dios Padre y hermanos en Cristo Jesús, en el cual formamos un solo cuerpo. Se basa, por ello mismo, en la ley fundamental que rige el reino de Dios: la ley del amor.

Y el primer deber de amor consiste en respetar a cada persona y darle lo que le corresponde. La injusticia social hiere el amor a los hermanos y nuestra calidad de hijos de Dios. La injusticia social es incompatible con el amor al prójimo, desde el hecho que todos somos hijos de Dios y hermanos en Cristo.

La verdadera justicia social no se limita al círculo inmediato que nos rodea, debe extenderse también más allá. Porque podría darse que personas fuesen especialmente generosas en el trato con los obreros o trabajadores de su empresa; que se preocupasen verdaderamente de su bienestar personal y familiar, que estuviesen dispuestos a pagar el salario que corresponde y a compartir las ganancias, etc. Sin duda que ello sería encomiable

⁴ Un pasaje del documento de los obispos en Medellín muestra esta necesidad:

“Crear un orden social justo, sin el cual la paz es ilusoria, es una tarea eminentemente cristiana”. (Med 2, 20)

Medellín habla de la necesidad de educar las conciencias, inspirar, estimular y ayudar a orientar todas las iniciativas que contribuyen a la formación del hombre, y de la necesidad de denunciar todo aquello que, al ir contra la justicia, destruye la paz. La necesidad de crear “un orden en que los hombres no sean objetos sino agentes de su propia historia”. Por eso, agrega que es necesario:

- “Despertar en los hombres y en los pueblos, principalmente con los medios de comunicación social, una viva conciencia de justicia, infundiéndoles un sentido dinámico de responsabilidad y solidaridad;
- defender, según el mandato evangélico, los derechos de los pobres y oprimidos, urgiendo a nuestros gobiernos y clases dirigentes para que eliminen todo cuanto destruya la paz social: injusticias, inercia, venalidad, insensibilidad;
- denunciar enérgicamente los abusos y las injustas consecuencias de las desigualdades excesivas entre ricos y pobres, entre poderosos y débiles, favoreciendo la integración;
- hacer que (...) se tenga en cuenta la dimensión social y comunitaria del cristianismo, formando hombres comprometidos en la construcción de un mundo de paz. (II, 20-24)

y digno de imitación. Esas personas habrían superado el egoísmo personal y hubiesen actuado en la línea del Evangelio.

Sin embargo, hay algo más. Existe también otro tipo de egoísmo, el egoísmo cristalizado en las estructuras. Cuando hablamos de orden social, comprendemos junto con los valores que animan la cultura, las leyes y las estructuras que regulan la convivencia social en la nación. Y éstas pueden llevar inscrito en ellas el egoísmo. Se pueden dar sistemas que lo fomenten.⁵

⁵ Juan Pablo II, explica en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*:

“Deseo llamar la atención sobre algunos *indicadores genéricos*, sin excluir otros más específicos. Dejando a un lado el análisis de cifras y estadísticas, es suficiente mirar la realidad de una *multitud ingente de hombres y mujeres*, niños, adultos y ancianos, en una palabra, de personas humanas concretas e irrepetibles, que sufren el peso intolerable de la miseria. Son muchos millones los que carecen de esperanza debido al hecho de que, en muchos lugares de la tierra, su situación se ha agravado sensiblemente. Ante estos dramas de total indigencia y necesidad, en que viven muchos de *nuestros hermanos y hermanas*, es el mismo Señor Jesús quien viene a interpelarnos (cf. *Mt 25, 31-46*).

La primera *constatación negativa* que se debe hacer es la persistencia y a veces el alargamiento del *abismo* entre las áreas del llamado Norte desarrollado y la del Sur en vías de desarrollo. Esta terminología geográfica es sólo indicativa, pues no se puede ignorar que las fronteras de la riqueza y de la pobreza atraviesan en su interior las mismas sociedades tanto desarrolladas como en vías de desarrollo. Pues, al igual que existen desigualdades sociales hasta llegar a los niveles de miseria en los países ricos, también, de forma paralela, en los países menos desarrollados se ven a menudo manifestaciones de egoísmo y ostentación desconcertantes y escandalosas.

A la abundancia de bienes y servicios disponibles en algunas partes del mundo, sobre todo en el Norte desarrollado, corresponde en el Sur un inadmisibles retraso y es precisamente en esta zona geopolítica donde vive la mayor parte de la humanidad.

Al mirar la gama de los diversos sectores producción y distribución de alimentos, higiene, salud y vivienda, disponibilidad de agua potable, condiciones de trabajo, en especial el femenino, duración de la vida y otros indicadores económicos y sociales, el cuadro general resulta desolador, bien considerándolo en sí mismo, bien en relación a los datos correspondientes de los países más desarrollados del mundo. La palabra “ abismo ” vuelve a los labios espontáneamente.

Tal vez no es éste el vocablo adecuado para indicar la verdadera realidad, ya que puede dar la impresión de un fenómeno *estacionario*. Sin embargo, no es así. En el camino de los países desarrollados y en vías de desarrollo se ha verificado a lo largo de estos años una *velocidad* diversa de *aceleración*, que impulsa a aumentar las distancias. Así los países en vías de desarrollo, especialmente los más pobres, se encuentran en una situación de gravísimo retraso. A lo dicho hay que añadir todavía las *diferencias de cultura* y de los *sistemas de valores* entre los distintos grupos de población, que no coinciden siempre con el grado de *desarrollo económico*, sino que contribuyen a crear distancias. Son estos los

En la economía de libre mercado, el dogma es que el mercado se autoregula. La oferta y la demanda autoregulan el mercado y por eso el estado no tiene necesidad de intervenir. Pero esto es relativo. Primero, porque el libre mercado, la libre oferta, fácilmente produce monopolios. En la práctica es lo que ocurre con los holdings: hay una aparente pluralidad, pero detrás hay una sola instancia que fija los precios. Es un monopolio de hecho. Hay dos o tres firmas que se ponen de acuerdo para fijarlos. Se debe preguntar entonces si la economía es efectivamente de libre mercado o es un mercado monopólico.

Además, si se supone la eficacia del libre mercado, de la libre oferta y demanda, como factor de crecimiento y progreso, ¿qué sucede con el más débil? Indudablemente, la equidad no es responsabilidad inmediata de un particular. Por ejemplo, el empresario puede decir que él no tiene por qué contratar personas enfermas o minusválidas. Él tiene que buscar los mejores empleados y puede aplicar la justicia social respecto al salario que paga a sus trabajadores, e, incluso, puede darles una bonificación extra a sus empleados. Pero lo demás no es asunto suyo...

Sin embargo, subsiste un grave problema: en el país hay niños y hay personas de edad que son personas que no producen y que no trabajan. ¿Cómo se financian? ¿Cuáles son las prestaciones sociales? Hay también enfermos, minusválidos, personas que tienen menos cultura, menos formación. El individuo o la empresa particular dirá que ellos no son responsables de que las personas analfabetas tengan trabajo, etc. ¿Pero quién es responsable de dar trabajo a esas personas que no tienen formación, instrucción y de preocuparse que haya formación para las personas que no tienen acceso a la educación, a la alfabetización del país? ¿Qué sucede con el servicio de salud pública, etc.? El estado tiene entonces que intervenir para abrir estos espacios, para crear equidad, para compensar lo que las personas particulares no pueden. Pero ello está supeditado de una u otra forma a la conciencia de solidaridad que exista en el país, que lleve a las personas a sentirse parte de un cuerpo más amplio, del cual también son responsables solidariamente.

La economía de libre mercado tiene la gran ventaja pues permite una gran producción, fomenta la creatividad, premia al más efectivo. Sin embargo, tiende a marginar a los más débiles. ¿Quién se preocupa de ellos? ¿Qué cabida tiene en este sistema la solidaridad?

Para muchos la solución de este problema o desafío va en la línea de una *economía social* de libre mercado, que garantice la equidad y justicia social.

elementos y los aspectos que hacen *mucho más compleja la cuestión social, debido a que ha asumido una dimensión mundial*. (n. 14).

Debería ser altamente instructiva una *constatación desconcertante* de este período más reciente: junto a las miserias del subdesarrollo, que son intolerables, nos encontramos con una especie de *superdesarrollo*, igualmente inaceptable porque, como el primero, es contrario al bien y a la felicidad auténtica. En efecto, este superdesarrollo, consistente en la excesiva disponibilidad de toda clase de bienes materiales para algunas categorías sociales, fácilmente hace a los hombres esclavos de la “posesión” y del goce inmediato, sin otro horizonte que la multiplicación o la continua sustitución de los objetos que se poseen por otros todavía más perfectos. Es la llamada civilización del “consumo” o consumismo, que comporta tantos “desechos” o “basuras”. Un objeto poseído, y ya superado por otro más perfecto, es descartado simplemente, sin tener en cuenta su posible valor permanente para uno mismo o para otro ser humano más pobre. (n. 28).

“La paz, afirma Pablo VI, se construye día a día en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres”. (PP, 76)

María nos llama en su canto del Magníficat a luchar por la justicia social, fruto del amor a Dios y del amor a nuestro prójimo. ¿Hemos integrado la lucha por la justicia en nuestro programa mariano? ¿Hemos sido suficientemente creativos y audaces? ¿No se defienden demasiado los intereses personales en desmedro de la solidaridad?⁶

En esto no se trata de que todos sean ricos o que todos sean pobres, sino de ver cómo crear una relación de equidad, donde los pobres tengan acceso al trabajo, a la educación y que puedan ascender en su capacitación social. Se trata de ver cómo lograr que los más ricos, libremente y por propia iniciativa, usen su riqueza para crear fuentes de trabajo, para crear mayor dignidad, para posibilitar una mayor igualdad a fin de que la discrepancia disminuya en lugar de acrecentarse. El actual sistema económico no parece ser sustentable en este

⁶ Recientemente, al inaugurar el último sínodo de los obispos, el Santo Padre, recuerda a los pastores que deben ser profetas que pongan en evidencia los pecados sociales. Las palabras dirigidas a ellos valen también para todos los cristianos:

“El *camino de la pobreza* es el que nos permitirá transmitir a nuestros contemporáneos “los frutos de la salvación”. Por tanto, como obispos estamos llamados a ser pobres al servicio del Evangelio. Ser servidores de la Palabra revelada, que, cuando es preciso, *elevan la voz en defensa de los últimos*, denunciando los abusos de aquellos que Amós llama “descuidados” y “disolutos”. **Ser profetas que ponen en evidencia con valentía los pecados sociales vinculados al consumismo, al hedonismo, a una economía que produce una inaceptable brecha entre lujo y miseria, entre unos pocos “epulones” e innumerables “lázaros” condenados a la miseria.** En toda época, la Iglesia ha sido solidaria con estos últimos, y ha tenido pastores santos que, como intrépidos apóstoles de la caridad, se han puesto de parte de los pobres. Pero para que la voz de los pastores sea creíble, es necesario que ellos mismos den prueba de una conducta alejada de intereses privados y solícita hacia los más débiles. Es necesario que sean *ejemplo* para la comunidad que se les ha confiado, enseñando y sosteniendo ese conjunto de principios de solidaridad y de justicia social que forman la *doctrina social de la Iglesia*.

La bienaventuranza evangélica de la *pobreza*, constituye un mensaje valioso para la Asamblea sinodal que estamos iniciando. En efecto, la pobreza es un rasgo esencial de la persona de Jesús y de su ministerio de salvación, y representa uno de los requisitos indispensables para que el anuncio evangélico sea escuchado y acogido por la humanidad de hoy. La primera lectura, tomada del profeta Amós, y más aún la célebre parábola del “rico epulón” y del pobre Lázaro, narrada por el evangelista san Lucas, nos estimula, venerados hermanos, a examinarnos sobre *nuestra actitud hacia los bienes terrenos* y sobre el uso que se hace de ellos. Se nos pide verificar hasta qué punto se está realizando en la Iglesia *la conversión personal y comunitaria a una efectiva pobreza evangélica*. Vuelven a la memoria las palabras del concilio Vaticano II: “Como Cristo realizó la obra de la redención en pobreza y persecución, de igual modo la Iglesia está llamada a seguir ese mismo camino para comunicar a los hombres los frutos de la salvación” (*Lumen gentium*, 8). (Homilía en la misa del 30 de Septiembre de 2001)

sentido si no se corrige, porque a la larga va creando desigualdades cada vez mayores. Existe en general una perspectiva de lucro que no parece sana.

El Papa no está contra los ricos; siempre habrá una discrepancia, pero sí pide que las relaciones sean equitativas, que la riqueza sea más participada, más compartida, que exista solidaridad. Lo que él ataca en el fondo es el egoísmo y el individualismo centrados en el propio provecho, ese egoísmo e individualismo que tienden a expresarse y asegurarse en estructuras poco justas y poco solidarias tanto a nivel nacional como internacional.

2.6. El nuevo orden mariano se basa en una sólida familia cristiana

“Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos” (Lc 2,51)

Se acepta sin mayores dificultades que la familia es la célula básica de la sociedad. Hoy, sin embargo, son muy diversos los conceptos y la imagen que se tiene de familia. Y, por otra parte, si en teoría se la considera como base de la sociedad, la pregunta es si de verdad se le da en la práctica la importancia que tiene. Los hechos hablan precisamente que éste no es el caso.

Estamos siendo testigos de un acelerado proceso de disolución de la familia natural y de las graves consecuencias que este proceso acarrea a la sociedad. Si pensamos, por ejemplo, en las consecuencias que se siguen para los hijos de la separación y del divorcio de los padres, podemos dimensionar en algo el drama que se vive. Vemos cómo crece el alcoholismo en la juventud; cómo cada día abunda más la droga y el libertinaje en el campo sexual; vemos cómo las consultas de los psicólogos y de los psiquiatras tratan a duras penas de curar heridas tremendamente dolorosas y profundas; vemos cómo abunda en la juventud y en los adultos la baja autoestima, la angustia, la rebeldía y la desorientación; vemos cómo se busca desesperadamente compensaciones de todo orden para tapar los vacíos que deja la carencia de amor y el sin sentido de la vida. Vemos esto y muchas otras realidades. Sabemos que gran parte de ellas son fruto de la carencia de hogar o de una experiencia negativa de padre o de madre, pero no sacamos las consecuencias.

Y no sólo se trata de un problema de la familia en sí misma. Es todo el sistema social el que amenaza y destruye la familia. ¿O acaso nuestro sistema de trabajo la protege? ¿No obliga muchas veces el sistema a que el padre tenga que estar ausente del hogar? ¿No obliga el mismo sistema a que la madre se vea obligada a asumir trabajos que le hagan muy difícil cuidar de los hijos? ¿Cuáles son las leyes que defienden y promueven la familia? ¿Cuántos son los hogares que pueden contar con una casa digna o con una vivienda propia? ¿Cuántas son las familias que viven en condiciones miserables o hacinadas en mediaguas?

Cuando defendemos la familia no es raro que se nos tache de “fundamentalistas”, son intolerantes. En cambio, aquel que está a favor del divorcio vincular es “democrático”, tiene un espíritu abierto, es “progresista”, a superado el “oscurantismo” y la intransigencia.

Los que defienden la familia son tachados de “intimistas” y carentes de sentido social. En cambio, quienes aceptan la “diversidad” de familias y desean dar todo tipo de facilidades para “rescindir el contrato” de los cónyuges, son los que realmente se preocupan de los problemas sociales importantes, los que hoy urge abordar y solucionar.

¿Podremos gestar un nuevo orden más justo, más solidario, más libre, sin cuidar de la familia? El Papa Juan Pablo II, en su Carta a las Familias, afirma:

Una nación verdaderamente soberana y espiritualmente fuerte está formada siempre por familias fuertes, conscientes de su vocación y de su misión en la historia. La familia está en el centro de todos estos problemas y cometidos: relegarla a un papel subalterno y secundario, excluyéndola del lugar que le compete en la sociedad, significa causar un grave daño al auténtico crecimiento de todo el cuerpo social. (n. 17)

En Schoenstatt tenemos muy clara la importancia central que cabe a la familia como célula básica de la Iglesia y de la sociedad. Gran parte de nuestros esfuerzos se orientan en esa dirección. Creemos que el nuevo orden cristiano de la sociedad se gesta *en y desde* la familia. Todo lo que ocurre (o no ocurre) en la familia repercute directa y profundamente en la sociedad y las estructuras que la conforman.

¿Qué tiene que ver María con esta tarea básica? Tiene mucho que ver. Por de pronto porque ella juega un papel central en hacer de la Iglesia una familia. No podemos pretender que la Iglesia sea alma de una sociedad fraterna y solidaria si ella misma no representa el ideal de familia. El Pueblo de Dios es la Familia de Dios Padre, cuya cabeza es Cristo y su corazón María.

No en vano Cristo pasó el 99 % de su vida en familia, en el hogar que formaba José y María. Treinta años de los 33 que pasó en la tierra, transcurrieron en el seno del hogar. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por qué quiso regresar a Nazaret después de la pérdida en el templo si ya demostraba que podía valerse por sí mismo? ¿Por qué no inició su vida pública a los 18 o 20 años?

Sin duda el Señor quiso enseñarnos algo de capital importancia. Quiso documentar con hechos que la santidad se jugaba en la vida cotidiana. Quiso, también, enseñarnos el valor del trabajo. Quiso, sobre todo, consagrar el valor de la vida de familia y la importancia del hogar. La Familia de Nazaret tiene un carácter paradigmático. Y en esa familia estaba María como madre, como reina y corazón del hogar.

El P. Kentenich afirma que la Iglesia debe ser renovada desde la catacumba de la familia. La Iglesia primitiva se fundó desde las catacumbas. Los primeros cristianos no se reunieron en templos. La Iglesia surgió y creció en las familias. En ellas y en torno a ellas se congregaron los primeros cristianos. Esa fue la levadura y la sal de la tierra de la cual fue surgiendo poco a poco una cultura cristiana.

Anteriormente nos hemos referido a la importancia para la sociedad de la Virgen y de la mujer redimida. En ese trasfondo es claro por qué y cómo María quiere salvar la vida de familia. Ella nos quiere ayudar a conformar nuestros hogares como “pequeñas iglesias domésticas” y hacer de ellos verdaderos santuarios hogares, desde donde ella obre milagros de arraigo en Dios, de transformación y de fecundidad apostólica.

En alianza con ella cada santuario hogar debe convertirse en un foco de renovación de la sociedad. Allí ella ejerce su poder de educadora en los padres y los hijos, conduciéndolos a

la conquista de las virtudes sociales y convirtiéndolos en apóstoles comprometidos en la construcción del reino de Dios.

La familia: escuela de una sociedad solidaria

El acentuado individualismo actual, que exalta tan sólo los derechos, las aspiraciones y las exigencias particulares, sin importarle el bien del prójimo, socava en Chile la posibilidad de una sociedad fraterna y auténticamente democrática.

No hay mejor escuela de una sociedad solidaria que la familia. En ella, es posible conjugar libertad y fidelidad para siempre, igualdad en dignidad y complementariedad de funciones, justicia, equidad y generosidad en el trato, obediencia a la autoridad y apoyo a los menores, juego y trabajo, ternura y exigencia, sacrificio y compañía en el dolor. La familia es la cantera de donde un país extrae personas libres y fieles a la palabra empeñada, creativas y compasivas, honestas, justas y desprendidas, capaces de perdonar y pedir perdón, de alegrarse y de sufrir con los demás. La familia educa en la solidaridad, pues en ella se comparten prácticamente todas las circunstancias de la vida. Es muy importante que la familia eduque en el sentido de la Justicia Social, para que las nuevas generaciones sean verdaderamente solidarias en el ámbito ciudadano, nacional e internacional. Y que la sociedad actual proteja y favorezca a la familia, escuela de solidaridad. (De la carta pastoral de los obispos de Chile *“Vida Solidaridad y Esperanza”*, Octubre 2001)

2. 7. El nuevo orden mariano expulsa la acción del demonio en el espíritu del hombre y en las estructuras sociales

“Pondré enemistad entre ti y la mujer” (Gn 3, 15)

Así como hoy se ha debilitado la fe en Dios, también ha sucedido algo semejante respecto al demonio.

Para el hombre actual poco significa el pecado (como desorden culpable y ofensa a Dios). Se admiten errores, debilidades, equivocaciones, etc. pero no ni de culpa ni de pecado. Menos aún se habla de la existencia del demonio. Y, sin embargo, su acción en el mundo es palpable. El siglo XX lo demostró en forma contundente, ¿basta la maldad humana para explicar las atrocidades que cometió un Hitler o un Stalin? Los campos de exterminio, las purgas, la maldad de las dos guerras mundiales, ¿son cosa sólo de los hombres? ¿Puede llegar a tanto la crueldad humana? Y, ahora, en el comienzo del tercer milenio, la atrocidad cometida en el atentado terrorista en Nueva York y Washington, ¿es sólo producto del fanatismo de un demente? Esa crueldad propia de los atentados terroristas de nuestro tiempo, calculada, fría, certera, es sobre-humana, es demoníaca; viene del demonio que actúa en el acontecer de este mundo.

La tarea de instaurar el reino de Dios aquí en la tierra implica exorcizar, es decir, expulsar al demonio. Cristo es el Cordero que quita el pecado del mundo y el que vence a Satanás, el príncipe de este mundo. No hay redención sin Redentor. No existe la autoredención. El hombre solo es incapaz de desdiabolizar el mundo. Únicamente lo puede vencer si Cristo actúa en él y a través de él.

Por eso san Pablo aclara que nuestra lucha no es sólo contra los poderes de esta tierra:

Fortaleceos en el Señor y en la fuerza de su poder. Revestios de las armas de Dios para poder resistir a las acechanzas del Diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los Principados, contra las Potestades, contra los Dominadores de este mundo tenebroso, contra los Espíritus del Mal que están en las alturas. Por eso, tomad las armas de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes. (Ef 6:10-13)

Cristo actúa por medio de sus instrumentos. Y el instrumento predilecto que él utilizó para vencer al demonio es María. Ya en el Génesis Yahvé lo anuncia: “Enemistad pondré entre ti y la mujer”. Cristo vence al demonio a través de María, la mujer del Apocalipsis:

Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza; está encinta, y grita con los dolores del parto y con el tormento de dar a luz. Y apareció otra señal en el cielo: un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cabezas siete diademas. (Ap 12:1-3)

Esta lucha a muerte que describe el Apocalipsis la vivimos hoy. Y no se trata simplemente de una mera figura simbólica. Es una realidad contundente. Así como Dios actúa a través de los hombres y lo hace en forma preclara por medio de los santos, así también el demonio –padre de la mentira, del odio y de la división– busca seguidores y entre ellos encuentra seres humanos por medio de los cuales actúa y trata de destruir el reino de Dios. En este proceso, en el cual todos estamos de una u otra forma inmiscuidos, la Mujer vestida de sol juega un papel determinante.

María es por oficio el Antidiabolicum, la antagonista del demonio. Y ella busca instrumentos que la ayuden en la lucha apocalíptica de nuestro tiempo. Quien se compromete con Cristo en la redención y el advenimiento del reino de Dios Padre, necesita el apoyo que Cristo quiere darle en María.

¿No hemos caído también nosotros en la trampa que el mismo demonio nos tiende, que lo hace aparecer como un personaje ridículo, con cachos y cola, como figura de historietas ingenuas? No. El demonio no es un personaje de historietas o de la Edad Media. Es Lucifer, el ángel de luz, el príncipe de este mundo.

¿Quién, que haya tomado las armas de Cristo y que esté dispuesto a luchar por su reino, no ha sentido la fuerza del mal y del “misterio de iniquidad” que actúa en este mundo? Y cuando decimos mundo, nos referimos al mundo de los negocios, de la ciencia, de la política, de las relaciones humanas, de la diversión, del sexo, etc.

Los “santos sociales” no tienen por delante un camino fácil. Su testimonio y su martirio no es como el que sufrieron los primeros cristianos en el circo romano. Es diverso, pero tan real y cruel como aquél. Quien es fiel al Evangelio tiene que contar con la contradicción y la lucha, con la persecución y la calumnia. El poder del mal no se queda tranquilo cuando percibe la acción del poder de Cristo.

¿Comprendemos entonces por qué los constructores de un nuevo orden cristiano de la sociedad están llamados a ser santos marianos? “Un siervo de María nunca perecerá” es la leyenda que lleva inscrita el marco de la imagen de nuestra Madre y Reina en el santuario. Ella es la Reina Victoriosa que nos ayuda a vencer y superar el influjo del demonio en nuestra vida y en nuestra cultura. Esto no se dará sin lucha y sin heridas (la serpiente muerde su calcañal), pero María asegura el triunfo de Cristo en nosotros.

Concluimos nuestra exposición con una oración que compuso el P. Kentenich en el campo de concentración de Dachau. El padre fundador describió este campo de concentración como “una ciudad de muerte, de locos y de esclavos”. Una “ciudad de muerte” que se asemeja a la “cultura de la muerte” de nuestra época, donde María quiere continuar hoy mostrando su poder de Reina.

MANTÉN EN ALTO EL CETRO

Mantén en alto el cetro,
Madre, protege a tu tierra de Schoenstatt;
eres allí la única reina;
pon en fuga a todos los enemigos.

Créate allí un paraíso,
mantén encadenado al Dragón.
Mujer vestida de sol, surge esplendorosa
y álzate hacia la altura meridiana.

Desde aquí construye un mundo
que sea grato al Padre,
tal como lo imploró Jesús
con aquella anhelante oración.

Siempre allí reinen amor,
verdad y justicia,
y esa unión que no masifica,
que no conduce al espíritu de esclavo.

Manifiesta tu poder
en la negra noche de tormenta;
conozca el mundo tu acción
y te contemple admirado,

te nombre con amor y se confiese reino tuyo.
Schoenstatt porte valerosamente
hasta muy lejos tu bandera
y someta victorioso a todos los enemigos;

continúe siendo tu lugar predilecto,
baluarte del espíritu apostólico,
jefe que conduce a la lucha santa,
manantial de santidad en la vida diaria;

fuego del fuego de Cristo,
que llameante esparce centellas luminosas,
hasta que el mundo, como un mar de llamas,
se encienda para gloria de la Santísima Trinidad.

Amén.

(Hacia el Padre, nn. 493-500)